

amor. Perdóneme y yo diré al mundo entero que soy, aunque indigno, servidor del Hijo del Hombre, y lo estaré repitiendo hasta mi último suspiro. Mientras te plazca, ó Creador mio, dejarme un sople de vida, buscaré á las almas piadosas para decirles en voz interrumpida por el llanto: Yo he conocido al mejor, al mas grande de los hombres; yo he visto al hijo del Eterno; yo, vil pecador, he sido su discípulo; me ha amado como ama á todos sus hijos, y no he sabido merecer su amor, le he negado en la hora del peligro, sin embargo de haberle visto alimentar á los hambrientos, curar á los enfermos, y resucitar á los muertos. Por tan grandes y bellas acciones le han dado muerte los enemigos de Dios, y el Eterno lo ha consentido porque su hijo habia ofrecido la vida por la especie humana. Venid, seguidme cuantos me escuchais: marchemos al suplicio en pos de él. ¿ Quien podrá sobrevivir á la certidumbre de su muerte? ¡ Jesus, hombre divino! ¿ en donde estás? ¿ Cual es la tumba en que has de reposar, si tumba te conceden tus enemigos? »

Así gime el discípulo, cuyo momentáneo error se complacen los mortales en citar para disculpa de sus propias fragilidades. ¿ Mas donde estan los hombres que pudieran como él compensar sus culpas con sublimes acciones y como él ganar la corona del martirio?



## CANTO SÉPTIMO.

ARGUMENTO. — Comienza á lucir el día señalado para la muerte de Jesus; y Elobá lo saluda con un himno de dolor. — Conducen los sacerdotes á Cristo ante Pilatos. — Acúsante Filon y Caifás de blasfemo y de rebelde. — Muerte de Judas. — Pilatos, despues de haber interrogado á solas á Jesus. vuelve con él á la asamblea, declara que no le encuentra culpable, y que por lo mismo es preciso que sea presentado á Herodes. — Llegando María al lugar de la asamblea reconoce á su hijo. — Sus lágrimas y su desesperacion. — Implora la proteccion de Porcia. — Esa trata de consolarla, y envia un esclavo á decir á Pilatos que no condene á Jesus. — Sócrates se aparece en un sueño á Porcia, y descubre á esta el misterio de la divinidad de J. C. — Manda Herodes al Mesías que haga algun milagro en su presencia: callando siempre Jesus, el Tetrarca le insulta y vuelve á enviarle ante Pilatos. — Desempeña el esclavo de Porcia el encargo de esta. — Hace Pilatos que le lleven á un célebre bandido llamado Barrabás, y se lo presenta al pueblo al mismo tiempo que al Mesías, esperando que la multitud pedirá la libertad del último. — Filon, adivinando la intencion de Pilatos, arenga el pueblo, y este, pervertido por su discurso, absuelve al asesino. — Lávase Pilatos las manos solemnemente ante el pueblo. — Llévanse á Jesus para azotarle. — Despues de ese cruel

suplicio, vuelve Pilatos á solicitar el perdon para Jesus, mas los sacerdotes le intimidan, acusándole de que defiende á un enemigo del Cesar. — Temeroso el Pretor, les entrega á Jesus, y ellos le conducen al último suplicio.

\*\*\*\*\*

Rodeado por los celestes custodios de la tierra, y apoyándose en el mas claro y radiante destello de los matinales vapores, alza el divino Elohá su vuelo sobre la Judea; bajo sus poderosas manos estremécense las cuerdas del arpa como se estremecerán un dia los miembros de los resucitados al sacudir los últimos átomos de las cenizas de la muerte, y á los sublimes sonidos del instrumento une el serafin su voz, clamando así al universo entero :

« ¡ Despierta, creacion de la eternidad ! ¡ Dia del sacrificio rasga el velo de lo pasado y de lo futuro que oculta tu asilo ! ¡ Deja el blando y plateado lecho donde muellemente reposas en el seno de lo infinito !... ¡ Silencio : ya llega ese dia tan deseado, llámase de la misericordia, así le apellidan al saludarle las constelaciones del celeste firmamento ; y los orbes, y los soles, y las estrellas, apesar de su pequeñez infinita, reconocen en él al mensajero de sangre y de perdon, de venganza y de amor ! ¡ Oh divina lira mia ! ¡ Une tus armónicos acentos á todas las voces del universo que celebran dia tan

grande ! ¡ Al caer sus nacientes rayos en el polvo, harán salir ángeles de él ; y cuando vaya á perderse en occidente, el descanso y la felicidad le acompañarán ! ¡ Mis ojos fijos en la tierra descubren en ella un fúnebre otero, ahora altar del sacrificio, que se estremece al acercársele la víctima ! Ante esa víctima temblaria el altar aun cuando para edificarlo aglomerase Jehová las estrellas, á la manera con que los mortales amontonan las guijas de los arroyos para construir sus mezquinas moradas. En torno mio todos los orbes corren y nadan mas gozosamente que nunca en el empireo ; las arpas del santuario suenan sin que diestra alguna las pulse ; las coronas de los seráfines espontáneamente se inclinan. Prostérnase la creacion entera ante la ejecucion de un pensamiento, que apenas aciertan á entrever al traves de un denso velo los seráfines despues de millares de siglos de meditar en él ; ante un pensamiento concebido por el Eterno, y que solo él es capaz de abrazar en toda su estension. »

Repiten los cielos el canto de Elohá, mas no encuentran ecos sus acentos en la tierra, donde una reunion de miserables, sedientos de sangre, se dispone á ejecutar el mas negro de los crímenes que jamas abortó el infierno.

Reunidos los sacerdotes y los ancianos con Caifás en una sala interior del palacio de este, delibe-

ran sobre los medios de dar muerte á Jesus sin ofender á Pilatos, ni provocar una rebelion del pueblo.

Mas Filon, cansado de escuchar la relacion de las precauciones que el concilio cree indispensables, desciende al vestibulo donde Jesus, rodeado de sus guardas, se halla sentado cerca de un moribundo fuego. El contraste que advierte el fariseo entre su propia agitacion y la divina calma del Mesías, provoca y enciende mas y mas su ira salvage. Hasta aquel momento nunca Filon fió nada á la suerte, y mas de una vez sacrificó su personal venganza al temor de que se estrellasen su elocuencia y prestigio contra la versatilidad del pueblo; pero en el instante de que hablamos resuelve perecer antes que dejar á su víctima el menor asomo de esperanza. Vanamente procura un debil sentimiento de humanidad alzar el grito desde los mas recónditos senos de su alma, un pensamiento blasfemo sofoca aquella voz, y Filon vuelve al concilio.

« ¿Continuáis deliberando? exclamó con infernal ironía al entrar en él. El dia comienza á lucir: ¿Quereis que al concluirse viva aun el enemigo de Israel condenado por vosotros á expiar sus crímenes en el Gólgota? »

Bastaron esas palabras para poner término á la irresolucion de los sacerdotes y de los ancianos, que levantándose todos siguieron á Jesus á la casa de

Pilatos, á la cual conducian al Mesías los encargados de su custodia. A cada paso que la comitiva da se aumenta la concurrencia porque ya entonces saben todos en Jerusalem los acontecimientos de aquella noche.

Sube el Mesías las escaleras del palacio de Gabatha', síguenle sus acusadores, y el pueblo se agrupa en la plaza.

Advertido de que van á presentarle un culpable, Pilatos ha tomado asiento en su tribunal. Romano degenerado, pero bastante prudente para ostentar en la apariencia las antiguas virtudes de su patria, el Pretor de Jerusalem se admira de ver á todos los príncipes de Israel en pos de un criminal, cuyo traje anuncia que pertenece á la parte mas oscura de aquel pueblo.

« ¿Nobles padres de Jerusalem (esclama) qué hombre es ese á quien os dignais acompañar? ¿Me engañan mis ojos, ó Caifás está entre vosotros?... »

Adelantándose el sumo sacerdote dice :

« Los sacerdotes y los ancianos de Israel se lisonjean de que no los creerás capaces de acusar á un inocente. El hombre que aquí te traemos es el mayor de los criminales que pueden haber comparecido en tu tribunal desde que gobiernas la

\* Nombre del pretorio romano de Jerusalem. — T. F.

Judea. Ha profanado el templo, quiere acabar con nuestro culto, estravia y seduce al pueblo con mágicas palabras é infernales prestigios: mas de cien veces se ha hecho digno de morir en el suplicio. »

« ¿Y por qué, replica Pilatos con irónica sonrisa, no le condenais segun vuestras leyes? »

¶ Sintió Caifás amargamente la alusion del Pretor al yugo que Roma impone á Jerusalem, mas acostumbrado á ocultar su orgullo, á disimular y á humillarse hipócritamente, responde en tono sumiso y almiarado :

« Tratas sin duda de poner á prueba mi respeto al Cesar, pues bien sabes que la alta justicia que decide de la vida de los criminales no nos es dado ejercerla, habiéndose reservado esclusivamente ese derecho nuestros señores los Romanos. De ello no me quejo : he jurado obediencia al gran Tiberio, padre del pueblo, señor del universo, y en particular de Israel, y seré fiel á mi juramento. Si aborrezco á Jesus, á ese hombre que está ahí delante de tí, mas es por enemigo vuestro, que por lo que á mi pueblo ofende. Sabe que con su elocuencia, tan grande como sediciosa, se lleva al pueblo á los desiertos donde, gracias á su magia infernal, halla medios de alimentar los cuerpos, mientras que fascina los espíritus diciéndoles que él es el profeta anunciado por la Escritura, que él es el Rey de Israel. A impulsos de esa culpable máqui-

na de engaños, el pueblo se dispone á sacudir el yugo bienechor de Roma, proclamando á ese impostor temerario por su Rey y su Dios. Testigo has sido de su entrada triunfante en Jerusalem, has oido las aclamaciones, los *hossanna* con que le han acogido ; y sabes que esos gritos rebeldes, no solo han hecho estremecerse á la sacra cima del Moría, sino que tambien han conmovido los cimientos de este palacio, centro del poder romano en Judea. »

Una sonrisa de desprecio fué la única respuesta de Pilatos á tal acusacion ; mas comprendiendo Filon la necesidad de reparar el efecto de la torpeza del sumo sacerdote, se acerca al Pretor y dice :

« Ilustre representante del Cesar, tú castigarás al culpable, no porque le temas, sino por hacer justicia. ¿Qué es lo que de él pudieras temer? Demasiado penetrante eres para no adivinar su ambicion al través del velo de su mentida humildad, y bien sabes que ese hombre tan debil ahora que le ves cargado de cadenas, es sin embargo el mas osado como el mas pérfido de los rebeldes. Apenas, por medio de sus famosos milagros, indujo al pueblo á proclamarle rey, se retiró de él huyendo sus homenages para dar así una alta idea de su modestia; y porque conoció todos los obstáculos que se oponian á su proyecto. A ese hombre no le bastaria arrojar á los Romanos de la Judea, si no

nos degollaba además á todos. Sí, Pilatos; los sacerdotes y los ancianos de Israel verterán hasta la última gota de su sangre en tu defensa y en la de Roma. Seguro estoy de que no dudas de ello, porque conoces nuestra fidelidad; mas líbranos de los peligros que nos amenazan, dando muerte á ese supuesto Rey, que jamás hubiera tenido la funesta honra de turbar el reposo de Jerusalem, si tú no le hubieras despreciado demasiado tiempo como á enemigo indigno de tu ira. »

Entre tanto el Hombre-Dios, consagrado enteramente á la consumación de su obra, guarda silencio, sin atender á los miserables mortales que en derredor de él se agitan. De esa manera marcha al combate el héroe que pretende libertar á su patria de las conquistadoras hordas que la invadieron, sin cuidarse del polvo que bajo sus plantas se arremolina. Asombrado del porte digno y tranquilo del Mesías, dirígale Pilatos la palabra :

« ¿ Oyes los crímenes de que te acusan, y nada dices? ¿ Temes defenderte ante una asamblea tan numerosa? Ven que quiero interrogarte á solas, y espero que me responderás. »

Diciendo así, levántase, sale del pretorio y Jesus le sigue. Con paso vacilante y pálido rostro se desliza la Incertidumbre entre los sacerdotes y los ancianos, de quienes se apoderará inmediatamente, haciéndoles estremecerse, privándolos de la pala-

bra y del movimiento y entregándolos á las más alarmantes conjeturas.

Horrorizado con la idea de la suerte á que ha entregado á su maestro, procura Judas atravesar por medio de la multitud y llegar al palacio de Pilatos. ¿ Para qué? Él mismo lo ignora, y por eso fácilmente deja que las oleadas del pueblo le aparten de su camino ya dirigiéndole á una parte, ya á la opuesta. Encontrándose pues cerca del templo, precipitose en él fuera de sí, reemplazando entonces en su corazón al furor del crimen, no el arrepentimiento, sino la desesperación. Apenas ha atravesado el traidor el pórtico sombrío, cuando divisa á los sacerdotes encargados por Caifás de velar por la seguridad del santuario en aquellos críticos momentos del tumulto; y á su aspecto palidece el malvado, chocan sus mandíbulas una contra otra, tiemblan todos sus miembros; y por fin arroja furioso á los pies de los levitas el dinero que de ellos recibió como precio de su crimen, diciendo :

« Ahí teneis vuestro infernal dinero : el hombre que os he vendido está inocente, es el más grande, el más divino de los profetas. ¡ Ya su sangre clama venganza ! ¡ ya el anatema pesa sobre mi frente ! »

Dice así y huye lejos del templo, lejos de Jerusalem; el aspecto de los humanos le llena de espanto, y su frenesí le arrastra al lugar mismo en don-

de le perdió el espíritu de las tinieblas, valiéndose de un pérfido sueño. Allí se detiene : ningún viviente se mueve en torno de él, ninguna voz, ningún rumor hiere su oído, todo es soledad, todo silencio ; mas en vez del reposo de que esperó disfrutar en tan completo aislamiento, halla angustias cada vez mas atroces, y gime, y habla consigo mismo de esta manera :

« Muere, miserable, y con la vida se terminarán tus tormentos... Pero el Dios de Moises ha dicho : « No matarás. » ¿Y qué me importa el Dios de Moises?... Ya no le conozco... La desesperacion es el Dios de los traidores, y ella me manda que muera... Muere pues, cobarde... ¿Tiemblas? ¿Se despierta en tí el amor á la existencia, y quieres vivir, asesino infame? ¡Vivir cuando una tumba, que tus propias manos abrieron, te rodea por todas partes! ¡Y tú, alma, que te rebelas y osas creerte inmortal, no esperes vivir despues que yo muera para perpetuar mis penas; perecerás conmigo, porque el postrero de mis crímenes te consagrará á la nada! »

Hanle seguido y le observan en silencio Ituriel, su custodio, y Obaddon, el angel de la muerte ; el primero, afligido por la indudable perdicion del desdichado, suspira profundamente diciendo á Obaddon :

« Te lo abandono ; así es preciso, conozco la

suerte que le espera. He querido verle por última vez, porque le amaba y aun le amo; pero el Eterno lo quiere, y te lo entrego. Cumple los inmutables decretos de la Providencia, tú que eres el ministro de su cólera, tú á quien llama para castigar; mi obligacion es bendecir y proteger, y se acaba donde la tuya comienza. »

Dijo, y huyó cubriéndose el rostro con las alas.

Obaddon fija sus amenazadores ojos en Iscariote, y le dirige estas palabras :

« Caiga sobre tu cabeza la sangre que vas á derramar. ¡Hombre hecho de barro, quieres acabar con la luz del sol que te iluminaba! Delante tenias la muerte y la vida: has escogido. ¡Apágate, brillante sol de la vida! ¡llegad terrores de la agonía! ¡tumba helada y tenebrosa, ábrete! ¡destruccion, recibe al suicida! ¡Caiga su sangre sobre su propia cabeza! »

Judas, oyendo en medio de su delirio la voz del inmortal, imagina escuchar el acento de Jesus muerto en la cruz, y esclama :

« ¿Pides mi sangre? tómala, yo te la doy... »

Y fija la vista, erizados los cabellos, contraídos los labios con satánica sonrisa, palpitante el pecho, aprieta el nudo fatal que ya rodeaba su cuello... Y faltándole el aire, cesa de respirar <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Varias son las tradiciones en cuanto al suicidio de Judas : segun

Retrocede el angel horrorizado; rómpese el corazón de Judas y cesa de palpar, y su alma conmovida se adhiere con mas violencia que nunca al cuerpo que de morada le servia: mas á una señal de Obbadon abandona mal su grado la frente del moribundo. Separado del cadaver, el *principio de la vida* conviértese en un ser ligero, debil é imperfecto, que recobra la facultad de pensar y desentir, mas que solo es accesible al dolor,

« ¿Quién soy? (esclamó el espíritu del traidor) ¿Judas que acaba de morir, vuelve otra vez á vivir?... ¡Allí está todavía mi horrible cadaver frio é inanimado! Mi nueva forma es vaga, tenebrosa, siniestra como mis sensaciones. ¿Soy hijo de la noche y del caos? ¿Qué sombra amenazadora es la que veo sobre ese otero? Brilla con horrible resplandor... ¡Anatema sobre tí, Judas: es el juez del Universo!... Huye, desdichado, huye á esconderte en las entrañas de la tierra. »

Obbadon que continuaba en pie sobre el otero le grita con voz terrible:

unas se rasgó las entrañas, y segun otras se ahorcó de un sahuco. Conformándose á las últimas imaginan los Zonatz, habitantes de las montañas de Hungria llamadas altos Karpatas, que el sahuco es un arbol maldito y que un solo vástago de él basta para traer la desdicha sobre toda una aldea. Klopstok ha creído sin duda que no debia adoptar ni unas ni otras tradiciones, pensando que la muerte lenta é ignoble del hombre que se ahoga á sí mismo era la mas conforme al crimen de aquel traidor. — T. F.

« No soy tu juez, sino el mas implacable de sus mensageros; soy el angel exterminador. Tu sentencia ya se ha ejecutado en la tierra, otra mas terrible te espera en el cielo. Has hecho traicion al Hombre-Dios; te has rebelado contra aquel que tiene en la una mano la balanza y en la otra la muerte, acabas de quitarte la vida que ÉL te habia dado! ¡Inconmensurables son los tormentos que esperan á los traidores! Sígueme hasta el pié de la cruz: es preciso que veas espirar al Mesías, que contemples en seguida la morada de la eterna felicidad y en seguida te precipitaré al abismo.

Dijo: oscurecióse la sombra de Judas; y rodeada, arrebatada, arrastrada por una nube densa y negra hubo de seguir al angel exterminador.

¡Pronta y terrible es la justicia del Eterno!

Ya ha desaparecido el nombre de Judas del libro de la vida y aun Pilatos no ha terminado su interrogatorio al Mesías, con quien se ha retirado á una estancia del pretorio. Convencido mas que nunca el Romano de que los sacerdotes de Israel quieren inmolar por odio personal á un hombre tan virtuoso como pacífico, procura persuadirle bondadosamente que rechace las acusaciones que sobre él pesan.

« Háblame sin rodeos, le dice, ¿eres tú rey de la Judea? »

Y Jesus le responde con grave y melancólica dulzura :

« Si yo fuera un Rey de este mundo, un Rey como los que Roma ha sometido á su imperio, tendria pueblos y ejércitos para defender mis derechos. No : no soy un Rey de este mundo. »

— « Sin embargo te llamas Rey. »

— « Y lo soy. He bajado á la tierra para traer la verdad. Los que se consagran á esa verdad santa hija del cielo, esos solos me comprenden. »

— ¿Qué quiere decir verdad? Preguntó Pilatos; y con la desdeñosa sonrisa de un hombre mundano que quiere evitar una discusion superior á sus alcances fingiendo despreciarla, hizo seña á Jesus para que le siguiera al tribunal.

« He examinado á ese hombre, dijo á los sacerdotes; y en mi sentir nada ha hecho que merezca la pena de muerte. Decís que ha sublevado el pueblo de Galilea, en ese caso voy á enviársele á Herodes, pues siendo quien gobierna su territorio á él le toca juzgar este caso. »

Dijo, y los soldados se prepararon á conducir al Mesías al palacio del Príncipe : mas en aquel momento María procuraba penetrar por medio de la multitud allí reunida.

Agitada por un funesto presentimiento, la madre del Salvador ha pasado la noche llorando, y los primeros albos del dia la han visto llegar á Jeru-

salen buscando á su amadísimo hijo. Asómbrala el tumulto que reina en toda la ciudad, y la muchedumbre en su movimiento la ha conducido hasta el palacio del pretor, sin que la desdichada madre sospeche aun la causa de la agitacion del pueblo, mas no sin que su ánimo esté ya inquieto y abatido. Súbito divisa á Tadeo que á su intermediacion se apoyaba contra una columna : mas el discípulo huye así que la ve.

« ¿Porqué me huye así? » pensó María; y en el mismo instante atravesó su pecho la cuchilla que habia de hacerle apurar en solo un momento todos los tormentos de una vida de miseria y de dolor. Acaba de ver á su hijo de pié ante el tribunal del pretor.

Cubrióse de palidez mortal el rostro de María, quedósele inmovil la vista, alterósele todo el semblante, dobláronse sus rodillas; y su angel custodio, comprendiendo toda la intensidad de su dolor, se cubrió con fúnebre velo. Pero el exceso mismo de la pena da fuerzas á la madre de Jesus, que recobra la facultad de ver y de oír. Por segunda vez fija la vista en el divino acusado, en Pilatos y en los sacerdotes. Los gritos del pueblo que pide furioso la muerte del mismo á quien pocos dias antes proclamaba Rey, hieren los oídos de la desventurada madre; y en vano buscan sus ojos, en cuantos la rodean, una mirada de piedad, un rostro